

11º DOMINGO ORDINARIO

Ciclo C

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según san Lucas. 7, 36-8, 3

En aquel tiempo, un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús fue a la casa del fariseo y se sentó a la mesa. Un mujer de mala vida en aquella ciudad, cuando supo que Jesús iba a comer ese día en casa del fariseo, tomó consigo un frasco de alabastro con perfume, fue y se puso detrás de Jesús, y comenzó a llorar, y con sus lágrimas bañaba sus pies, los enjugó con su cabellera, los besó y los ungió con perfume.

Viendo esto, el fariseo que lo había invitado comenzó a pensar: "Si este hombre fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando; sabría que es una pecadora".

Entonces Jesús le dijo: "Simón, tengo algo que decirte". El fariseo contestó: "Dímelo, Maestro". El le dijo: "Dos hombres le debían dinero a un prestamista. Uno le debía quinientos denario y el otro, cincuenta. Como no tenían con que pagarle, les perdonó la deuda a los dos. ¿Cual de ellos la amará más?" Simón le respondió: "Supongo que aquel a quien le perdonó más".

Entonces Jesús le dijo: "Haz juzgado bien". Luego, señalando a la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y tú no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me los ha bañado con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de saludo; ella en cambio, desde que entró, no ha dejado de besar mis pies. Tú no ungió con aceite mi cabeza; ella, en cambio, me ha ungió los pies con perfume. Por lo cual, yo te digo: sus pecados, que son muchos, le han quedado perdonados, porque ha amado mucho. En cambio, al que poco se le perdona, poco ama". Luego le dijo a la mujer: "Tus pecados te han quedado perdonados".

Los invitados empezaron a preguntarse a sí mismos: "¿Quién es este, que hasta los pecados perdona?" Jesús lo dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado; vete en paz". Después de esto, Jesús comenzó a recorrer ciudades y poblados predicando la buena nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido liberadas de espíritus malignos y curadas de varias enfermedades. Entre ellas iban María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, la mujer de Cusa, el administrador de Herodes; Susana y otras muchas, que los ayudaban con sus propios bienes.

Palabra del Señor

REFLEXION

EL TEXTO

Algunos de los que han estudiado a fondo este texto comentan que se pueden encontrar dos redacciones en el mismo texto. Una primera redacción que habría sido la comida de Jesús en casa de Simón, el fariseo, y el encuentro con la mujer pecadora que le ungió los pies; ésta redacción nos ayudaría a comprender la enseñanza de Jesús: "sus pecados, que son muchos, le han quedado perdonados, porque ha amado mucho", ya que Jesús la compara con Simón que habiéndole recibido en su casa, no lo había amado pues no había tenido ninguna deferencia con Él. En cambio esta mujer, reconociendo quién era Jesús, buscó mostrarle su amor hasta el extremo, aún antes de recibir el perdón de Jesús.

A esta redacción se le agregaría después la parábola del prestamista que perdonaba a sus deudores. Esta parábola tiene como mensaje las siguientes palabras de Jesús: ", al que poco se le perdona, poco ama"; ya que Jesús se está refiriendo a los hombres de la parábola. Sin embargo, esta actitud habla de lo que sucede una vez que ya hemos sido perdonados.

Así, el pasaje completo nos habla de las dos actitudes necesarias para experimentar el perdón de Dios: acercarnos a Él reconociéndolo como el único capaz de otorgarnos ese perdón que cura y vuelve a la vida, acercarnos a él con humildad y sencillez, no temiendo ser humillados porque sabemos que estamos frente a quien nos ama infinitamente; y posteriormente salir a dar testimonio del inmenso amor que Dios ha derramado sobre nosotros.

ACTUALIDAD

¿Cuántas veces hemos sentido pena y humillación al pedir perdón? Si comprendiéramos el testimonio y el valor de esta mujer que haciendo a un lado todo prejuicio social se acercó a Jesús a pedirle perdón. Para que nos demos cuenta de lo que ella venció pensemos un momento lo que sucedía en su época: las comidas eran sólo para los hombres, ungir los pies lo hacía sólo una esposa o una hija a su padre porque fuera de ese contexto era mal visto, todos los de la comida sabían de su condición de pecadora y la juzgaban por ello. Esto sólo para que comprendamos por qué Jesús dijo: "porque ha amado mucho".

Y nosotros, no queremos hacer ningún gesto para pedir perdón "porque nos da pena". Estoy hablando de atrevernos a pedirle perdón a quien hemos ofendido, de pedir perdón a una comunidad si la hemos ofendido con nuestras actitudes, y para quienes sostenemos nuestra fe en el sacramento de la reconciliación, de acercarnos a un confesionario a reconocer nuestras ofensas. Tal vez si no lo hacemos es porque no nos hemos dado cuenta ante quién nos estamos presentando a pedir perdón: no es sólo el hermano, la comunidad o el sacerdote; es a Cristo a quien le estamos pidiendo perdón por medio de estos signos. No desperdiciemos la experiencia de la misericordia de Dios, sólo por no reconocer la presencia de Jesús. No actuemos como ese fariseo que habiendo tenido al mismo Hijo de Dios en su casa no fue capaz de darle un trato digno porque dudaba de Él y de su capacidad de perdonar.

Qué fácil es sentarse a juzgar y qué difícil es atreverse a pedir perdón. Lo malo que el juzgar sólo nos lleva a la muerte y el perdón a la vida. Cada quien decide por que camino avanzar.

PROPÓSITO

Reconciliarme conmigo mismo, con mis hermanos (familia, esposa, hijos, papás, etc) y con Dios (pedirle perdón a él y confesarme) El perdón inicia en el corazón de uno, que estando frente a Dios pide perdón, pero exige también el acto externo del arrepentimiento. ¿No lo hubiera sido más fácil a esta mujer acercarse de noche con Jesús a pedirle perdón?

Por tu pueblo,

Para tu gloria,
Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro